

Vogel, Carolina; Dawidiuk, Carlos Luciano

Entre gitanos y payos: Representaciones del otro en cuentos romaníes de Argentina

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

Cita sugerida:

Vogel, C.; Dawidiuk, C. (2014). Entre gitanos y payos: Representaciones del otro en cuentos romaníes de Argentina. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4777/ev.4777.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Entre gitanos y payos: representaciones del “otro” en cuentos romaníes de Argentina

Carolina Vogel

Universidad Nacional de Quilmes

carolinavogel@yahoo.com.ar

Carlos Luciano Dawidiuk

Universidad Nacional de Luján

Luchodawidiuk@yahoo.com.ar

En este trabajo proponemos un acercamiento al imaginario romaní a partir de la interpretación de diferentes cuentos extraídos del libro *Le Paramícha le Trayóske (Los cuentos de la vida)*.¹ Nuestro fin es estudiar las representaciones sociales del pueblo Rom, partiendo de sus propias definiciones de la otredad, de cómo conciben “lo otro” que es en definitiva lo que les permite diferenciarse e identificarse a sí mismos, es decir, definir el “nosotros”. Las representaciones sociales sirven como medio para mantener viva o latente la memoria cultural de un pueblo, estas funcionan como archivos que, al portar la información sobre sistemas de valores y modos de concebir el mundo, interactúan constantemente con nuevos discursos circulantes en la sociedad. Mediante esta interacción logran reafirmarse y prescribir las maneras de actuar frente a estos posibles cambios que el discurso actual les sugiere. De este modo, pueden ir readaptándose pero teniendo la posibilidad de reinstalar las significaciones que podrían creerse olvidadas, cuestión que permite a las comunidades retomar prácticas o costumbres que quizá se consideraban superadas en su momento histórico.

Dado que dichas representaciones son colectivas, se tornan más estables que las representaciones individuales, debido a que se legitiman en la repetición y persistencia en el tiempo, fundadas en la experiencia puramente social, y que además se encuentran muchas veces ligadas a las creencias, lo que las convierte en verdad colectiva. Es decir, una forma de

¹ Este libro fue publicado en el marco de una colección sobre diversos temas relacionados con el patrimonio cultural, llevada a cabo por la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires en el año 2005. La coordinación de la edición estuvo a cargo de la Lic. Leticia Maronese, la Prof. Andrea Fontenla y la Lic. Mira Tchileva. Algunos cuentos recopilados por el autor aparecen en la selección de Diane Tong, *Cuentos populares gitanos* (Madrid, Siruela, 1997), bajo el nombre de Lolo Vitrovich (es decir, su nombre romaní y el apellido de su abuelo) y otras fueron publicadas anteriormente a la edición de este libro en la revista italiana *Lacio Drom* durante más de dos décadas.

autenticidad que impone sobre las individualidades símbolos imperfectos por su mismo origen y las conduce hegemonícamente. Es así como, en general, las sociedades y comunidades son poseedoras de una identidad que se relaciona con su propia verdad, que puede ser conocida mediante la búsqueda de estos símbolos y significaciones, cuestión que queda plasmada en todas las variantes del arte, la música y la narrativa, ya sea oral o escrita.

Nos proponemos, entonces, identificar estos símbolos y significaciones, para desentramar e interpretar las representaciones sociales del pueblo Rom, a partir de cuentos que pertenecían a la cultura oral y fueron escritos y traducidos del romaní al castellano. Pero es importante destacar que en todos los cuentos analizados, el relato es construido por los mismos romaníes y que además en cada uno aparece esa interacción con los “payos”, con los “otros”.

La función social de los cuentos para el pueblo Rom

O Lolya Le Yonosko (Jorge Bernal),² autor del libro al que nos acercaremos para buscar rastros de una cultura muchas veces olvidada e invisibilizada por las sociedades occidentales, pertenece al pueblo Rom. Su tarea de compilar este libro y de traducirlo al castellano tuvo como objetivo, fundamentalmente, dejar un registro escrito de los cuentos que él mismo escuchó desde su niñez, por supuesto relatados por sus padres y abuelos en lengua romaní. Dicha traducción tiende un puente entre ambas culturas, brindando la posibilidad de develar mediante los símbolos encontrados, características, ideologías, costumbres, modos de percibirse a ellos mismos y a los otros. Más aún si se tiene en cuenta que la mayoría de los cuentos contenidos en el libro forman parte de lo que podríamos denominar como un acervo cultural gitano mundial. Y lo más importante es que, en definitiva, podemos encontrar en este camino revelador, ciertas representaciones sociales de los propios romaníes.

Debemos señalar que son escasos los registros escritos de esta cultura, dado que durante siglos se conservó, y aún hoy se mantiene en algunas regiones, de manera puramente oral. En nuestro país, inclusive, hay romaníes que escaparon de la guerra de Bosnia o de la de Kosovo que solo se limitan a entender y aprender a hablar el castellano, pero que no mandan a sus

² Jorge Bernal presidía, y hasta hoy continúa haciéndolo, la Asociación Identidad Cultural Romaní de Argentina (AICRA-SKOKRA) al momento de la publicación del libro, una institución nacida en septiembre de 2000 con el objetivo de promover la vida y la cultura del pueblo Rom, como así también trabajar por la defensa de su identidad y en contra de la discriminación y la marginación. Poco después de su nacimiento, la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires aprobó por unanimidad el proyecto de declarar de Interés Cultural las actividades de este grupo.

hijos a la escuela, con lo cual estos no aprenden ni a leer ni a escribir. Y otros grupos, que en su mayoría son generaciones nacidas en la Argentina pero que descienden de romaníes españoles (*calé*), solo mandan a sus hijos a la escuela primaria para que puedan leer y escribir, aunque únicamente con fines utilitarios, para que puedan desenvolverse mejor en los negocios. A este respecto, una vez finalizado el último grado de la educación primaria, se les suele designar a cada uno su tarea: a los niños les toca aprender todo sobre los negocios de la familia, mientras que a las niñas se las prepara para la labor de crianza de los hijos, para la adivinación o bien para vender objetos diversos por las calles.

Ante tal contexto, podemos decir que el hecho de que una cultura que siempre mantuvo sus costumbres mediante la oralidad, transponga a la escritura una parte considerable de la misma, mediante las fábulas y los cuentos, es inclusive importante desde el punto de vista de la reivindicación que este pueblo merece y que en tan pocas ocasiones se le brinda.

Otro de los fines que busca esta traducción y compilación es, de algún modo, elevar estatus de esta cultura, que particularmente fue odiada, discriminada, exterminada y desvalorizada, permitiendo que, al mismo tiempo, pueda ser entendida desde sus adentros. En otras palabras, servir de oportunidad para que sus cuentos sean escritos por los propios gitanos y no representados por agentes ajenos a su comunidad. Nosotros, los no gitanos, convertidos en “los otros” ante sus ojos, hemos fijado en un sinfín de relatos nuestras propias representaciones sobre este “otro” desconocido y, muchas veces, ignorado. Del mismo modo, un cuento romaní pone en juego su propia simbología y su propia interpretación de “lo ajeno” del “otro” que, en este caso, somos nosotros.

Asimismo, es importante detenernos en la función social que los cuentos poseen en el marco de la cultura romaní. Podríamos decir que, a un nivel general, las narraciones en una cultura oral permiten que se fijen determinadas normas de comportamiento, ideologías y modos de pensamiento. Evidentemente, la forma más efectiva de transmitir las costumbres ancestrales antes de la aparición de la escritura fue a través de la oralidad mediante el relato o las canciones, al igual que desde diferentes tipos de artes. Así, la manera misma en que se relatan los cuentos, permiten que desde una edad muy temprana los niños puedan ser educados bajo los preceptos de su cultura, que aprendan sobre la cotidianeidad, sobre el respeto a sus mayores, sobre el trabajo, la vida y la muerte, la religión, incluyendo todas las configuraciones sociales que los rodean y por sobre todo, en el caso que nos interesa, la manera de ser y actuar frente al “otro”, ya sea igual, es decir de su mismo pueblo, con el que comparte sus creencias y modo de vida, o ya sea el “otro” totalmente distinto, con quien no tiene en común casi nada.

Pero si bien se trata de relatos originariamente orales puestos ahora por escrito, conviene preguntarnos: ¿en qué medida estos cuentos conservan los rasgos originales de su transmisión oral? Si nos detenemos a pensar seriamente sobre esta cuestión, y más aún teniendo en cuenta lo que veníamos señalando, seguramente no dudaríamos en afirmar que de ningún modo un cuento escrito puede suplantar a la oralidad. La manera en que cada persona puede relatar una historia no solo es diferente, sino que viene acompañada de otros signos que tienen que ver con gestos, cambios en los tonos de la voz, hasta los mismos diálogos que la narración de un cuento puede generar entre quien relata el cuento y quien lo está escuchando.

Tal como lo resalta Isabel Fonseca (citado en Rodríguez, S. 2011:167), “la lengua gitana tiene un vocabulario pequeño [...] una limitación que fuerza hablante a ser ingenioso” (Rodríguez, S. 2011:161), por tanto, la importancia del gesto y la voz radica en enriquecer y lograr abarcar, con una menor cantidad de vocablos, una gran cantidad de sentidos. Así es como, explotando la sonoridad y las expresiones, se logran dar diferentes significados a una misma palabra. Por ejemplo, para referirse a una persona que es muy grande, es común que se alargue la sonoridad de una de las vocales de la palabra correspondiente a hombre en romaní: “*jekh manuuuuush*” que, en castellano, vendría a ser como decir “un hooooooooombre” (Rodríguez, S. 2011:167). A la vez, abundan modos particulares de expresión metafórica. Así, para referirse a una mujer que no se sacrifica por sus hijos, se pudo escuchar: “no sabe sacarse los ojos por los suyos” (Rodríguez, S. 2011, Ibid). Finalmente, lo que no se logra expresar con las palabras se hace con gesticulaciones que sirven de “apoyo a la de la expresión oral [...] la cabeza o los brazos reafirman el carácter exclamativo interrogativo de una oración, mientras que la voz es empleada como instrumento paramusical, más allá de su utilidad como signo verbal” (Rodríguez, S. 2011:168). El cuerpo es convertido en un recurso lingüístico más. Como señala Fonseca, “el cuento nunca es tan importante como la forma de explicarlo” (citado en Rodríguez, S. 2011, Ibid).

Por otra parte, muchas expresiones que le dan sentido al relato no sólo son de la cultura Rom, sino que forman parte de las mismas adaptaciones que esa cultura fue haciendo del medio que la rodea. Porque a pesar de que esta se caracteriza por ser una cultura cerrada, los intercambios con la de cada uno de los pueblos con los que los gitanos fueron relacionándose han sido inevitables. Sobre todo, si tenemos en cuenta que su forma de vida y subsistencia mediante el comercio los obligó a aprender otros idiomas, adquiriendo con los mismos otras formas de pensar. Y esto es más determinante aún, si consideramos la relación que para los gitanos tiene la realidad y pensamiento: ambos se encuentran indisolublemente conexos mediante el propio lenguaje.

En un sentido general, podemos afirmar que los gitanos buscan aprehender la realidad mediante las experiencias concretas que pueden obtener del contacto con ella, en vez de abstraerse y ubicarse por fuera de la misma para estudiarla. Este nexo que permite el lenguaje, generar un continuo juego donde esa realidad se entremezcla con el pensamiento, formando un relato en el cual se confunde al sujeto enunciador con el objeto enunciado y donde el mismo objeto enunciado puede pasar de ser inanimado a tener vida y entidad propia. De esta manera, se guarda la intención de quien está contando el relato, de sostener y afirmar su propio pensamiento. Este tipo de interacciones también se cumplen en la aprehensión de las otras lenguas que los gitanos se ven obligados a mantener, de modo que las mismas funcionan también configurando su pensamiento (Rodríguez, S. 2011:170).

Dado que la realidad es interpretada desde ella misma, el mundo es como se lo ve y, por tanto, depende de la manera en que es percibido por quién lo interpreta. El uso del lenguaje entre los gitanos tiene la función de expresar la realidad subjetivamente. Pero, sin embargo, esta subjetividad no es usada arbitrariamente, sino que es funcional a los intereses de la misma comunidad. Esta es una de las razones por las cuales en el mundo “payo”, el gitano es visto como mentiroso o fabulador, dado que en una conversación la verdad puede ir cambiando a medida que transcurre la misma (Rodríguez, S. 2011:171).

Volviendo a la pregunta que planteamos más arriba, entonces, podemos afirmar que es difícil que alguien que efectivamente lea un cuento, pueda sencillamente imaginarse la voz de una anciana gitana que le cuenta a su nieto sobre la vida cotidiana, con sus características expresiones con las que acompaña al relato. Y seguramente es mucho más difícil aún que alguien que no vivió en ese universo Rom pueda leer estos cuentos e interpretarlos como lo haría efectivamente un gitano (aunque también es necesario recordar respecto a este punto que, tal como lo expresa el propio autor, el libro está dirigido tanto a gitanos como a no gitanos).

Sin embargo, creemos que puede resultar una opción fructífera pensar a los cuentos del mismo modo que al propio lenguaje gitano. Es decir, como “presentativo” de la realidad, dado que como esta es infinita, nunca podría ser expresada en su completitud mediante el lenguaje. De esta manera, es presentada conscientemente de modo tal que no hay concepto que pueda suplantarla ni ningún conocimiento puede ser tan significativo como ella en sí misma. En nuestro caso, podríamos decir que de igual manera que el lenguaje se convierte en una “presentación” de la realidad, la escritura de los cuentos se transforma en “presentación” de la oralidad. No la puede abarcar toda, evidentemente de eso somos conscientes, pero nos permite en cierto modo experimentar un acercamiento parcial a ella.

Otro de los condicionantes de la reproducción de los cuentos, tiene que ver no solo con el realismo extremo, sino también con la capacidad evocadora del lenguaje que no permite que algunos signos lingüísticos puedan representarse fuera de un determinado contexto (Rodríguez, S. 2011:174). Es así como en uno de los cuentos, “El Gitano y el diablo”, ocurre que el personaje principal se ve obligado a interactuar con el demonio, solo por el hecho de haberlo nombrado (Bernal, J. 2005:83). O tal como ocurre con ciertas canciones, por ejemplo el *alboreá*, palo del flamenco que solo puede ser interpretado al momento de confirmar la virginidad de la novia y que si es cantado fuera de este ritual, trae consigo la “mala suerte” (Rodríguez, S. 2011:173). Si este fuera el caso, no podemos tener una certidumbre absoluta de los momentos de la vida gitana en los que estos cuentos son contados, no podemos afirmar con certeza si son o no parte de un ritual. Aunque esto no quita que efectivamente cumplan con una función de archivo, en el sentido foucaultiano, de las representaciones sociales.

Pero es necesario también poner de relieve que el modo en el que se concibe el tiempo. Por eso, es interesante notar que el comienzo de los cuentos nos presenta siempre a un gitano despreocupado y olvidadizo del pasado, aunque también del futuro, pero, en cambio, muy arraigado al presente, expresado una y otra vez en la acostumbrada fórmula: “un día entre los días”. Lo cual implica el hecho de que algo ocurrido en el pasado no tiene importancia en sí mismo, como particularidad histórica, ya que siempre se puede repetir. Negación que es consecuencia, quizá, del mismo salvajismo con la que este pueblo fue y aún hoy es tratado en algunos lugares del mundo. Este apego al presente se reafirma al final de un sinnúmero de cuentos, en los que reza: “Y si no murieron, todavía viven felices” (Rodríguez, S. 2011).

De extranjeros, lobos y huérfanos

Adentrándonos ya en los cuentos, podemos comenzar por identificar, a rasgos generales, algunas concepciones culturales del pueblo gitano; tanto las propias como las de los no-gitanos. Partiendo de cuestiones sencillas como su forma de concebir el mundo del trabajo y las relaciones que se van dando dentro de la comunidad y fuera de ella, hasta cuestiones más específicas que tienen que ver con la configuración del lenguaje y de sus propios significados.

En estos cuentos, desde una perspectiva más bien global, encontramos dos signos muy importantes. El primero, tiene que ver con la relación, intrínseca, del pueblo Rom con Dios y con la naturaleza. Respecto a esto, podemos identificar en varios casos expresiones como “¡Que hermoso lugar hecho por las manos de Dios!” (Bernal, S. 2005:123); como también, alusiones a las estaciones del año, como en el caso del cuento titulado “La adivinación”,

donde en un momento de la trama una gitana se refiere a estas destacando sus virtudes y agradeciendo a Dios por ellas. Esta referencia genérica a “Dios”, sin ninguna filiación a un sistema religioso concreto, se relaciona con la propia esencia de pueblo nómada, que hace muy poco tiempo comenzó a sedentarizarse y que, además, siempre mantuvo estrechas relaciones tanto con la religión cristiana, en un tiempo casi exclusivamente católica, como con musulmana, y particularmente hoy en día con iglesias evangélicas.

En segundo lugar, podemos ver como esta cotidianeidad está marcada por otro signo: el trabajo. La historia a la que hacíamos referencia anteriormente se desarrolla en un día común de trabajo de la gitana que mencionábamos, que consistía en la adivinación. Muchos de los relatos encontrados en este libro, nos hablan sobre la relación con el trabajo y el comercio ambulante como medio de supervivencia. Por ejemplo, uno de los cuentos que hace referencia al trabajo es la adaptación de la tradicional fábula “La cigarra y la hormiga”. En ella podemos ver claramente la importancia otorgada. Sin embargo, los gitanos parecen no verse reflejados en las hormigas que trabajan sin respiro, pero tampoco se identifican con la cigarra, que es un personaje que deambula y se dedica a cantar. Podríamos pensar que la intención es más bien establecer un término medio entre ambas.

El cuento hace, asimismo, mención de la edad laboral: en un fragmento se señala, refiriéndose a las hormigas, que “desde la mañana a la noche trabajan, jóvenes y adultas” (Bernal, J. 2005:123). Ciertamente, es común entre los gitanos que, mientras las mujeres venden diversos objetos que van desde bijouterie hasta utensilios de cocina y también adivinan la suerte, los hombres reparan ollas, fabrican y recomponen joyas o se ocupan de la compraventa de autos, según el lugar y el tipo de negocio familiar al que se dediquen. El cuento de “La adivinación” (Bernal, J. 2005: 103), esboza con claridad la división del trabajo por género, en el cual se deja entrever que cómo es normal que las ancianas se dedican a vaticinar el futuro, las jóvenes realizan otras de las actividades mencionadas.

Volviendo al cuento de “La cigarra y la hormiga”, creemos su objetivo principal no es la puesta en valor del trabajo, sino que por el contrario busca criticar la vertiginosidad del sistema de vida en que se hallan inmersos los “payos”, donde lo que importa es trabajar para acumular sin dejar tiempo libre para relacionarse con el otro, para cultivar la cultura, algo de suma importancia para el pueblo Rom. En el final del cuento, el relator dice: “(d)espués de esto ustedes pónganse a pensar en estas palabras, ya que no tengo más tiempo para contestarles nada más. Perdón, pero es que me tengo que apurar para llegar a mi trabajo”. Este hecho cambia súbitamente el sentido de la moraleja del cuento con respecto a la versión tradicional, que solo apunta a incentivar la vida del trabajo como medida de la dignidad del

hombre, pero que en última instancia lo sustrae de lo esencial y lo sume en un círculo vicioso en el que solo tiene sentido producir y consumir.

Quizá puede considerarse a este como un punto de sutura, es decir, un espacio donde una de las culturas marca una frontera, para diferenciarse de otra (Hall, S. 2003:16). En este caso se trata del mundo de los “payos”, por un lado, que se preocupan solo por producir constantemente, y la cultura Rom, por otro, que si bien se ocupa de los negocios, exalta por sobre todo los valores de la comunidad. Por ello, el relacionarse con otros y aprender las costumbres tienen lugar sincrónicamente con el desarrollo del trabajo y los negocios, dado que mientras los niños son pequeños, acompañan a sus madres a realizar sus labores. Y a medida que crecen, según sean mujeres o varones, les corresponde acompañar a sus madres en las tareas hogareñas y a sus padres en los negocios, respectivamente.

En otro de los cuentos, “Como el conejo engañó al lobo”, se puede identificar claramente otro punto de sutura. La historia cuenta que en un bosque donde habitaban “todo tipo de animales”, llegó un lobo que “se hizo el rey del bosque” (Bernal, J. 2005:111) y obligaba a que todos los días un animal viniera a él para ser devorado. Cuando todos los habitantes del bosque tuvieron alguien por quien llorar, ya que el lobo se había comido a algún integrante de la familia, un conejo viejo e indefenso, aunque muy valiente, decide enfrentarlo, pero no por la fuerza, sino a través de un engaño. De este modo, le dice que al bosque ha llegado otro lobo que se ha proclamado rey y que se está devorando la futura comida del primer lobo. Con esto el conejo logra enfurecerlo y lo conduce hasta un pozo de agua donde le asegura que se encuentra el entrometido. El lobo, al ver su reflejo en el fondo de este pozo, cree que es la imagen de su enemigo y se abalanza sobre él, muriendo ahogado.

Lo interesante de la historia es que, mientras está siendo narrada, se simula un exabrupto donde, haciendo referencia al lobo, se expresa peculiarmente una especie de errata intencional: “Aceptó el extranjero, digo, el lobo” (Bernal, J. 2005:113). Esta forma de confusión intencionada, que hace referencia al extraño o “payo”, remite en cierto modo a la relación que el pueblo Rom mantiene con la tierra, la cual, según su concepción, pertenece a todos los que necesiten hacer uso de ella. Sin embargo, la sedentarización trajo consigo la apropiación de la tierra mediante un derecho legal y, consecuentemente, apareció la competencia, como medida que rige el sistema hegemónico de producción. La figura anacrónica del rey, refuerza la metáfora de una soberanía ajena que se impone violentamente por sobre la coexistencia armoniosa de la comunidad.

Asimismo, podemos observar que el cuento cumple con una función de “representación nodal”, como identificación mediante la diferenciación de grande rasgos (Arancibia, V.

2013:7), donde la idea de libertad y de disfrute compartido de la tierra y la naturaleza, creadas por Dios para el acceso de todos por igual, se convierte en una concepción que los identifica y diferencia a grandes rasgos del “extranjero”, del ajeno no-gitano.

Otra característica que encontramos en el relato, tiene que ver con el poder de convencimiento, la capacidad de persuasión que los mismos gitanos atribuyen a la palabra. En este sentido, el conejo, lejos de representar un arquetipo de la fuerza, es sabio y a pesar de actuar solo y sin comunicar a los jóvenes su plan, lo venció con su elocuencia.

Este arte del convencimiento podemos advertirlo también en “Los dos huevos fritos”. En dicho cuento, un sacerdote pobre se endeuda con un cantinero con dos huevos fritos que este un día le provee para comer. El religioso, por su parte, promete que cuando tuviera dinero volvería y saldaría su deuda. Pasado el tiempo el clérigo, ya convertido en obispo, retorna al lugar y cuando solicita la cuenta al cantinero por los aquellos dos huevos fritos fiados hacía tiempo, este realiza astutamente un cálculo extravagante. Así, partiendo de que de esos dos huevos hubieran salido dos gallinas, que a la vez hubieran puesto otros dos huevos, y así continúa. De esta manera, la suma adeudada se torna impagable. Como el sacerdote no la puede afrontar, el cantinero lo lleva a juicio. El religioso se entristece mucho y mientras se marcha caminando, se encuentra con un gitano Churari (grupo gitano conocido en Europa y América, fabricantes de tamices), que promete auspicarle de testigo en el litigio. Pero llegado el momento en que debía presentarse, el testigo no aparece hasta el último minuto. Aunque para tranquilidad del clérigo, finalmente llega apurado, y cuando le preguntan la razón de su retraso, explica que se quedó tostando dos semillas de trigo para sembrarlas. Enseguida el juez le pregunta “¿Y que puede crecer de dos semillas cocidas?”, a lo que responde “¿Y de dos huevos fritos? ¿Ustedes piensan que pueden nacer tantas gallinas?”. Con esto logra convencer al juez quien, termina por absolver al obispo.

En el final de este cuento podemos visualizar otro indicio del modo ideal de actuar de los gitanos, donde se busca mostrar la bondad y la humildad como dos características propias de este pueblo. Así, cuando al salir del juicio el obispo le pregunta a su testigo qué puede hacer para agradecerle, a lo que el gitano responde “Solamente dame un poco de tabaco para llenar mi pipa”.

También podemos tomar como ejemplo “El gitano y el diablo”, que expone cómo un gitano se las rebusca para engañar al diablo, a quien evidentemente le teme, pero gracias a su propia inteligencia consigue evadirlo. Después de haberlo evocado accidentalmente, el gitano debe acceder a una apuesta que el infame personaje le propone. De este modo, compiten para ver quien logra quedarse con una parte de la siembra: la que crece hacia arriba de la tierra o

bien la que crece hacia abajo. Pero el malvado temido termina por hacer trampa cada vez que arroja una moneda, para dirimir la situación. Sin embargo, cuando efectivamente gana la parte de arriba de la tierra, el gitano siembra el campo con todo tipo de tubérculos. De manera que al llegar el tiempo de la cosecha, consigue hacerse con todo lo que se puede comer mientras al diablo toca quedarse con lo que no sirve. Este último, furioso, vuelve a apostar. Nuevamente, hace trampa para quedarse con lo que crece debajo de la tierra. El gitano, entonces, compra semillas y siembra todo tipo de plantas que den fruto por sobre la tierra, de modo que el diablo, termina por cosechar solo raíces inservibles, enojándose tanto por no poder engañar al gitano que lo deja solo y en paz.

“O Drabarimós”, que traducido al castellano es “La adivinación” (Bernal, J. 2005:103), es otro de los cuentos que muestra más en profundidad el uso de la palabra como fuente de convencimiento, y que además es uno de los más ricos, ya que contiene muchos de los signos que fuimos enunciando. La adivinación es una de las costumbres gitanas más populares. Pero el término romaní tiene una connotación diferente al que solemos atribuir en nuestro idioma. En verdad, estas palabras no son intercambiables, dado que mientras que para los “payos” la adivinación es un don o bien parte de la magia que algunas personas pueden utilizar para conocer el futuro. Sin embargo, el acto de *drabarimós* no tiene que ver con el poder de saber lo que va a ocurrir, sino que es más bien un acto de astucia, de inteligencia e interpretación de la realidad que rodea a quien está interesado en recibir el augurio de la lectura de las cartas o de las manos. Según Werner Cohn, ciertamente, ni las mismas gitanas creen en lo que predicen. En realidad, el término al que hacemos alusión, posee otra connotación relacionada con “extraer dinero” de los no gitanos, a diferencia de “adivinar” como podríamos entenderlo los “payos” (Cohn, W. 1979:35-36).

En relación a esto último, es interesante una anécdota que relata Jules Bloch ocurrida en Rusia, en la cual una persona va a consultar a una “buja” sobre su suerte. Al día siguiente de la reunión, la persona se encuentra con que los dinteles de su casa están teñidos de sangre. Entonces, junto al resto de los habitantes de la casa recurren nuevamente a la “bruja”, quien les asegura que su hogar está habitado por un espíritu maligno. Así, la hechicera, lleva a cabo un ritual y al finalizar les muestra la cabeza de una serpiente, que vendría a ser la personificación del demonio que habitaba en aquel lugar. Para deshacerse aquella entidad maligna, pide que se le entregue comida, telas y el mantel más lindo para ofrecérselo al espíritu, que los devorará en el bosque. Pero, paradójicamente, ella no cobra nada por su trabajo (Bloch, 1953:45).

En nuestro cuento no nos encontramos con una bruja de estas características. Por el contrario, la gitana protagonista de la historia, es una buena mujer anciana muy sensata. En uno de los días en los que salía a “adivinar”, mientras trataba de leer la suerte de una no gitana, que no creía en sus palabras ni tampoco en la adivinación, pasó por al lado otra no gitana, vecina de la anterior, que miró mal a la “paya”. La adivina, al darse cuenta de la situación, se dirigió a su clienta para comunicarle sobre la enemistad de vecina, quien asombrada le preguntó cómo era posible que ella supiera eso. A lo que la gitana respondió: “Bueno, te advertí lo que es la adivinación”. La “paya”, gozosa por el anticipo de la noticia, le dio queso, jamón y té, entre otras cosas, y le pidió que al día siguiente le acercara una pócima para que su vecina dejara de odiarla.

Pero al otro día la gitana no pudo llegar a la casa de su clienta, ya que en el camino la sorprendió una lluvia muy fuerte que la obligó a refugiarse en una cueva. Dentro de ella encontró a doce hombres jóvenes muy bien vestidos que resultaron ser las estaciones del año. Aunque la gitana lo ignoraba esto. Los jóvenes, le preguntaron qué opinaba sobre cada uno de los meses del año y, dado que ella hablaba bien de todos ellos, le regalaron a una bolsa muy pesada, que debía abrir sólo al llegar a su campamento. Cuando finalmente llegó a su hogar, descubrió que la bolsa estaba llena de monedas de oro.

Al día siguiente la gitana logró llegar a la casa de su clienta y le contó lo sucedido sin percatarse de que la vecina odiosa estaba escuchando todo. Esta última, sin dudar, se dirigió a la cueva. Pero, como habló quejosamente de las estaciones, a diferencia de la gitana, en lugar de darle una bolsa de monedas de oro, los jóvenes le entregaron una bolsa llena de serpientes que no sólo comieron todas sus posesiones, sino que también la devoraron a ella. Según quien relata el cuento, desde aquel día la gente comenzó a creer en la adivinación.

En este cuento se evidencia, así, la perspicacia de la gitana que ejerce muy bien su arte, captando signos de su alrededor para lograr convencer a su clienta, quien gracias a la inteligencia de la primera termina creyendo en la “adivinación”. Tenemos aquí un caso de representación nodal, donde se trazan diferencias entre gitanas y no gitanas en relación al amor a la naturaleza. El relator del cuento, valora mucho las palabras de la “adivina”, y le pone un énfasis muy negativo a las palabras de la vecina, que le generan muy visiblemente una imagen de disconformidad total con la naturaleza. Pero, al mismo tiempo, este puede entenderse como un punto de sutura donde a cada una, a la gitana y a la no gitana, les corresponde una función específica, según el imaginario del pueblo Rom, en términos ideales. Mientras la primera habla de la incredulidad de la segunda, no cambia de parecer en cuanto al trabajo que a ella le corresponde hacer que es conseguir leerle la suerte. Confía en su

sabiduría para convencerla y en la correcta articulación de sus palabras, jugando con la subjetividad psicológica expresada en sus oraciones. Centra su preocupación en el efecto que provoca su discurso en la no gitana, tratando de posicionarse continuamente en su lugar (Rodríguez, S. 2011:172).

Al mismo tiempo podemos observar cómo se pone en evidencia el valor de las palabras, no solo en la correcta utilización de las mismas, sino con respecto al poder del lenguaje para evocar cosas buenas como cosas malas. Las supersticiones en el pueblo Rom no tienen que ver con las maldiciones como los no Rom creen. Por el contrario, se relacionan con la evocación de la realidad mediante las palabras. Por ejemplo, cuando un gitano dice, “muerte” en ese preciso momento comienza a morir: convoca a la muerte con solo mencionarla. De este mismo modo conciben a las maldiciones; el solo hecho de pronunciar una maldición para alguien, hace que la misma caiga sobre quien la profiere. Y en la historia podemos ver que en ningún momento la gitana maldice a la vecina odiosa, sino que relata cómo la misma encontró su destino siguiendo el camino que su propia palabra le trazó. Al destilar sus quejas, fue consecuentemente comida por miles de serpientes (Rodríguez, S. 2011:174).

Podemos ver aquí una cuestión ya mencionada, de cómo el gitano en realidad no miente, sino que a medida que va desarrollando su exposición, lo va acomodando a su percepción de la realidad. Así, en otro de los cuentos llamado “La historia de Petre”, encontramos este rasgo característico del “payo” que ve al gitano como un mentiroso. Pero más allá de esto, es interesante como la narración intenta limpiar la imagen de los gitanos, a quienes muestra como seres bondadosos que adoptan a un niño que es castigado duramente por sus padres, quienes además lo mandan a mendigar y a trabajar desde una edad muy temprana. Esta manera antagónica de representar a unos y a otros, trata en definitiva de mostrar que el pueblo Rom no es como los no gitanos los representan, sino que, por el contrario, son aún “mejores”, por el hecho de que ellos mismos reconocen ser catalogados como mentirosos, inclusive por el mismo niño. Aunque de todas maneras deciden darle una vida mejor, integrándolo a la comunidad y tratándolo como un gitano, que cuando llega a la edad de casarse lo hace a la usanza de sus “hermanos” gitanos. Pues él ya había aprendido de la cultura durante el tiempo en que había vivido entre ellos, ya que desde el mismo momento en que el niño decidió quedarse en el campamento de los Rom, quien lo acoge, que es un gitano viejo, comenzó a enseñarle palabras para que aprendiera el idioma. Y esto tiene mucha relevancia dado que el niño podría haberse quedado y seguir hablando en su lengua, dado que los gitanos le comprendían, pero considerando el valor que la palabra tiene para estos, era necesario que se convirtiera en uno de ellos, utilizando el lenguaje romanés.

A modo de conclusión

Podemos ver a lo largo de las historias que hemos explorado, rasgos distintivos de la cultura Rom, a una escala muy general, con respecto a las formas y costumbres foráneas. La manera en que los Rom consideran a la palabra, y a la oralidad en general, tiene quizá la misma importancia que nosotros normalmente atribuimos a la escritura. A la vez, pudimos señalar diferenciaciones en cuanto a la estructuración lingüística, que al no regirse por un vocabulario escrito y prescindir de un glosario amplio es complementado por gesticulaciones, expresiones y tonalidades de la voz.

Mediante este trabajo hemos podido distinguir algunos puntos de sutura y representaciones nodales de la cultura gitana con respecto al universo de los “payos”, pero no ya desde una mirada de escritos realizados por no gitanos, sino mediante la interpretación de la edición de algunos cuentos relatados y traducidos por un gitano. Lo cual es sumamente importante si se tiene en cuenta cómo suelen caracterizarse a partir de estereotipos negativos que contribuyen a su discriminación y su rechazo, que en definitiva agudiza la ignorancia respecto a sus modos de concebir el mundo. De este modo, pensamos que tratar de comprender, aunque sea fragmentariamente, sus representaciones, por un lado permite reivindicar su cultura y, por el otro, valorarla en su diferencia, pero ya no como agentes externos respecto a nuestro mundo sino como parte del mismo.

Además pudimos ver cómo los cuentos son usados como medio para archivar las memorias que mantienen viva la cultura gitana, más aún sabiendo el valor que le es asignado a la palabra, como ya lo señalábamos más arriba. Por tanto, podemos decir que los estos son contenedores de las representaciones sociales que los identifican, y también a nosotros, pero no ya desde nuestra propia mirada sino desde la suya. En estos cuentos nos enfrentamos a la manera en que, mediante la articulación de las palabras y las circunstancias que los personajes sortean, se van activando las memorias de la cultura Rom en la misma narración.

Bibliografía:

Arancibia, Víctor (2013), “Imágenes cinematográficas: entre los melodramas y las heterotopías. Acerca del espesor temporal de las representaciones sociales de la región en el

cine argentino”, en Pérez, Carlos González y Vargas, Alejandra García (editores), *Comunicación, cultura(s) e identidad(es) en el Bicentenario del Éxodo Jujeño*. Jujuy: UNJU

Bernal, Jorge (2005), *Le Paramícha le Trayóske (Los cuentos de la vida)*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Bloch, Jules (1953), *Los gitanos*. Buenos Aires: Eudeba

Cohn, Werner (1979), *The Gypsies*. California: Addison-Wesley

Hall, Stuart (2003) “Introducción: ¿Quién necesita identidad?”, en HALL, Stuart y Du Gay, Paul, *Cuestiones de identidad*. Buenos Aires: Amorrortu

Rodríguez, Sergio (2011), *Gitanidad. Otra manera de ver el mundo*. Barcelona: Kairós